

## CAPITULO 1

Desde la creación de la Tierra, fuerzas misteriosas se han agitado en su núcleo y fenómenos cósmicos la han afectado periódicamente. Desde que el hombre logró caminar erecto, miró hacia el cielo con asombro y fascinación, a partir de entonces continúa maravillándose ante esa bóveda celestial.

Los pueblos indígenas de México miraban siempre hacia arriba, hacia el cielo: la morada de los dioses que regían los elementos de los que dependía su existencia. El español del siglo XVI enfocaba su atención hacia abajo, hacia la tierra, buscando respuestas materiales. Su Dios había caminado por el mundo.

### EL ENTORNO

Desde la punta austral de Sudamérica, la imponente cordillera de los Andes bordea la costa del Pacífico y corre hacia el norte, desde las cumbres nevadas hasta el Ecuador. En el Istmo de Panamá desciende hacia el mar, levantándose de nuevo, forma volcanes y altas montañas a través de Centroamérica; ahí comienza a ensancharse América del Norte y esta impresionante cadena montañosa se divide en dos ramales: La Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental, creando entre ellas una vasta meseta.

Al cortar sus escarpadas y abruptas rutas a través de México, estas imponentes cadenas dividen al país en regiones aisladas, separadas y distintas. A consecuencia de ello se formaron más de ciento sesenta lenguas y culturas diferentes. El mismo paralelo y la misma montaña albergan alturas de nubes perpetuas y junglas tropicales. Campos de maíz crecen en las laderas verticalmente, desafiando la ley de la gravedad.

Norte árido, sur verdeante, montañas precipitándose hacia amplias playas tropicales y frondosas selvas. Tormentas violentas azotan el Golfo de México, mientras cálidas brisas acarician las costas del Pacífico. Valles escondidos están protegidos por montañas, entre cañones y profundas barrancas. Pocos lagos pequeños, y aún menos, ríos, navegables sólo en cortos tramos. Suelo desnudo y estéril en las áreas planas y polvorientas, barrido por tormentas de arena e inundaciones intempestivas, tierras áridas y restos de erupciones volcánicas donde abundan los cactus y los matorrales espinosos. Al cruzar un barranco, un arroyo alimenta un valle exuberante. El agua es escasa en gran parte del territorio. Densos bosques de pinos cubren parte de la ladera de una montaña, y de erosionados declives, la otra. Un mosaico de altitudes, vegetación diversa y climas contrastantes constituyen esta parcela del planeta, llamada México.

## LAS PRIMERAS CULTURAS MESOAMERICANAS

Hace unos siete mil años, nómadas y cazadores-recolectores circulaban por todo México. Hacia el año 3000 a. C., empezaron a asentarse como pueblos. El primero en dejar alguna evidencia importante de su existencia en Mesoamérica fue un pueblo desconocido: los olmecas.

En el 1200 a. C., los olmecas se asentaron en los bosques de las tierras bajas a lo largo de la costa del Golfo de México, donde el continente norte se estrecha en forma de embudo. Su religión se basaba en el mundo natural y cósmico, y el poderoso jaguar era su dios. Crearon grandes centros ceremoniales, idearon un calendario y construyeron canales de irrigación. Se dice que es la cultura madre, dado que a partir de ellos se desarrollaron otras civilizaciones que extendieron su influencia hacia el norte, hasta el Valle de Anáhuac, donde se asienta la Ciudad de México hoy en día.

En el estado de Tabasco, al sur, los Olmecas dejaron cabezas de piedra gigantescas, para asombro y perplejidad de futuros arqueólogos. Esculpidas en basalto y de casi tres metros de altura, estas cabezas presentan características extraordinarias: cascos, gruesos labios, narices anchas y ojos oblicuos. Todavía hoy se debate el origen de este extraordinario pueblo.

En la parte más meridional de México surge la península de Yucatán. Las aguas tranquilas y claras del Caribe bañan sus costas. Olas color turquesa acarician sus blancas playas y la selva tropical techa la jungla contigua que cubre cualquier vestigio humano. En este lugar floreció y desapareció la gran civilización maya, descendiente de la cultura olmeca.

En algunos valles fértiles existen rastros que datan del año 2000 a. C. Pero fue en el periodo clásico de la historia pre-colombina, entre 250 y 900 a. C., cuando se desarrolló y floreció esta gran civilización hasta alcanzar su cénit. Abarcando una amplia área, una geografía diversa, y vegetación y recursos minerales varios, la necesidad de comerciar se hizo imprescindible para los

pueblos mayas. Se creó una red compleja de ciudades-estado,<sup>1</sup> con sus templos de piedra surgiendo por encima de la bóveda de la jungla. Senderos de blanca arena conectaban ciudades que abarcaban Yucatán, Quintana Roo y Chiapas en México, toda Guatemala y partes de El Salvador, Honduras y Belize en Centroamérica.

Los señores de estas ciudades-estado reivindicaban su linaje heredado de los dioses. Su gran destreza como arquitectos y astrónomos les llevó a desarrollar un calendario tan exacto como el actual. Su uso del cero y sus cálculos matemáticos preceden a los conocimientos indostanos. El cero es la nada de la cual todo empieza. La religión, el arte, la política y la guerra tejían el patrón vital de los mayas. Leían el futuro observando los ciclos cósmicos: las cosechas se sembraban, crecían y se recolectaban al repetirse las estaciones, cada una nutriendo a la otra, como el nacimiento y la muerte. El hombre nace de la tierra, pero aspira al cielo. Creían que su tránsito aquí es para aportar luz al misterio de la existencia. Tal como los antiguos egipcios, los mayas desarrollaron un complejo sistema de escritura pictográfica. La historia debía ser preservada para predecir el futuro; para comprender su destino creían que el hombre debía estudiar el cosmos. Ahí estaba escrito el futuro.

Mientras tribus migratorias se asentaban y prosperaban en las mesetas de México, la jungla se apoderó de la civilización maya; su desaparición no ha sido todavía explicada satisfactoriamente.

Hacia el principio del primer milenio d. C. en la alta planicie central surgieron y empezaron a dominar la región nuevos centros agrícolas, sociales y religiosos. La

---

<sup>1</sup> La ciudad-estado se denominaba *altepetl*.

gran metrópoli de Teotihuacan floreció y decayó en este periodo clásico. Estos maestros de la construcción edificaron dos grandes pirámides dedicadas al sol y la luna, respectivamente, que dominaban el centro ceremonial de varios kilómetros cuadrados.

En Oaxaca, los agricultores mixtecos y zapotecos utilizaban sistemas de irrigación y trazaban los movimientos celestiales. Para fines del milenio el esplendor de ambas civilizaciones había pasado.

Durante unos tres mil años diversas culturas dejaron magníficas estructuras desde los valles del altiplano hasta la región tropical de México; la Venta en el estado de Tabasco, Tajín en Veracruz, Teotihuacan y Tula cerca de la Ciudad de México, Monte Albán y Mitla en Oaxaca, Palenque, Uxmal, Chichén Itzá y Tulum en la península de Yucatán, son sólo algunas de las principales. Pero lo más importante es que dejaron profundas huellas en la psique del pueblo mexicano.

¿Quiénes eran estos pueblos? ¿Cómo llegaron? Muchos estudiosos han especulado que podrían ser tribus asiáticas que atravesaron la parte norte del mundo por el Estrecho de Bering y emigraron durante miles de años hacia climas más benignos. Thor Heyerdahl sugiere que los pueblos que se asentaron en el Golfo llegaron en balsas desde África del Norte. ¿Podrían ser los mayas la tribu perdida de Israel? ¿Cruzaron algunos el Pacífico desde la India o China? Una cosa es cierta: estos clanes, tribus e imperios crearon su propio mundo, ellos mismos y por sí mismos. Hasta el día en que llegaron los españoles, no conocían otro mundo.

## EL VALLE DE ANÁHUAC

En México, un país de geografía áspera y dura, la altitud cuenta más que la latitud; región fría en la cima de la montaña y caliente en la base. En la vasta extensión de la República, un lugar es privilegiado sobre todos los otros: el altiplano central, una meseta surgida del rigor volcánico hace miles de años cuando la Sierra Madre se dividió en dos ramales. Como una herradura gigantesca, el valle de Anáhuac corona la llanura central. Dos volcanes de cimas nevadas adornan el panorama proyectando su silueta abrupta contra el cielo anteriormente azul intenso, cristalino y transparente. Cinco lagos poco profundos relfejan las montañas que se alzan desde el valle. La luz del día palidece rápidamente cuando el sol irrumpe en el cielo en una explosión de gloria y desaparece.

El Valle de Anáhuac se llama hoy el Valle de México. Inviernos y primaveras secos transforman el verde paisaje en ocre-café. Luego, aparecen nubes luminosas y una larga estación de lluvias nutre la tierra apergaminada donde se asienta la Ciudad de México. Es aquí donde, en una isla, fundaron los aztecas su ciudad-templo, Tenochtitlan, en 1325 d. C. A una altitud de dos mil doscientos treinta y cinco metros, el clima era seco y templado y el aire enrarecido refractaba la luz deslumbrante. Cuando Cortés conquistó a los aztecas, en 1521, México-Tenochtitlan ofrecía una vista fascinante de templos, canales y calzadas. Sin embargo, para cuando se logró la independencia trescientos años más tarde, los lagos casi habían desaparecido, fueron drenados o rellenados por los novohispanos, quienes construyeron la capital barroca de la Nueva España sobre las ruinas de las estructuras geométricas y multicolores de los aztecas.

Anáhuac: lugar de imperios antiguos, sede de la poderosa Nueva España y de la capital de la República Mexicana. Hoy en día, la Ciudad de México se extiende en todas direcciones; a veces el smog oscurece a las montañas y el tráfico obstaculiza las nuevas avenidas. Caliente al sol, fresco a la sombra. Días cálidos. Noches frías. Luz brillante, sombra oscura. La luz cambiante mezcla lo visible y lo invisible creando una realidad ficticia.

## LLLEGADA DE LOS MEXICAS

(TAMBIÉN CONOCIDOS COMO AZTECAS)

Hacia el año 1260 d. C., una tribu de nómadas, conocidos como los mexicas, buscaba un lugar para asentarse en el altiplano central de México. Habían vagado durante dos siglos sin tierra, sin amigos y perseguidos, guiados por su sacerdote-astrólogo Tenoch. El nombre mítico de Aztlán, un sitio de donde habían partido en algún lugar del lejano norte, era como un débil recuerdo mientras emigraban siempre hacia el sur, guiados por Hutizilopochtli, su Dios-Mago. Generación tras generación, una guardia de élite llevaba en una litera a su dios de piedra, quien les ordenaba plantar maíz, robar, hacer la guerra y seguir hacia la tierra prometida donde encontrarían en una isla un águila en un nopal con una serpiente en su pico. Saldrían centellas de sus ojos de piedra en caso de rebelarse o si se cansaban de viajar. Exigía sangre humana en sacrificio para que el sol continuara dando vida a la tierra.

Despojados de una cultura propia y ante la necesidad de sobrevivir, los mexicas habían observado, robado y matado a las poblaciones por donde viajaban. Al pasar por la tierra de los toltecas llegaron a la ciudad de Tula,

magnífica muestra cultural de la generosidad del dios Quetzalcóatl, el dios sol de los toltecas, cuyo símbolo era la serpiente emplumada que unía la tierra y el cielo. Centinelas gigantes guardaban su templo. Este gran dios había proporcionado a su pueblo conocimientos y sabiduría nunca antes vistos. Además, se decía que había vivido antiguamente entre ellos como un hombre blanco que predicaba en contra de los sacrificios humanos. Los toltecas sucumbieron en el año 1100 d. C. y hasta hoy no se conoce la causa de su desaparición. Dos siglos después, los aztecas, habían asimilado la cultura y adoptado la historia tolteca como propia.

Tras captar el impacto de la cultura tolteca en la región, los mexicas continuaron su camino. Desde lo alto de una montaña contemplaron el centro ceremonial de Teotihuacan abandonado y con sus dos pirámides monumentales cubiertas de maleza.<sup>2</sup> Este pueblo del sol había sufrido incursiones de tribus seminómadas y había abandonado su metrópoli en el año 750 d. C., dejando allí solamente leyendas pasadas de generación en generación. Igual que para los toltecas su dios era Quetzalcóatl. Los mexicas tomaron nota y siguieron caminando con su propio dios-guerrero estoico. La tierra prometida se encontraba más adelante, en el lugar donde las aguas resplandecían.

1269. Era el año de la celebración del Fuego Nuevo, el antiguo rito que marcaba un ciclo de cincuenta y dos años y un nuevo comienzo:

---

<sup>2</sup> Los arqueólogos siguen investigando las causas de la desaparición de ese suntuoso centro ceremonial.

Tras un día de larga caminata, Tizoc, un joven guerrero mexica, se puso en cuclillas y dejó volar su imaginación mientras observaba oscurecerse el cielo. Algunas nubes iluminadas por el sol poniente parecían lagos de aguas brillantes. En su imaginación vio una ciudad resplandeciente llena de canales e islas que se formaba en las nubes. ¿Acaso estaba cerca de su destino final? De repente, una lengua de fuego surco el cielo y fue devorada por las aguas celestiales. Asustado, Tizoc corrió a resguardarse entre los árboles.

En la ciudad de los canales, allende los mares, en el oriente lejano, un joven veneciano observaba el firmamento cuando sintió una gran emoción al ver aparecer un brillante haz de luz, que desapareció tras algunos instantes. El joven provenía de una familia de exploradores y soñaba con conocer tierras exóticas. En el año 1271, su sueño se hizo realidad. El joven Marco Polo partió con su padre y su tío hacia la China, la fabulosa tierra desconocida. Viajando por barco, a caballo y a pie, escalando montañas y atravesando vastos desiertos, entraron en el imperio de Kublai Khan. Allí permanecieron como huéspedes de honor durante veinticuatro años, en los que con los privilegios otorgados a los embajadores se les permitió viajar y aprender todo lo que quisieran dentro del imperio. En 1295 regresaron a Venecia contando historias fantásticas de aquel país lejano y trayendo muestras de especias y sedas exóticas.

En Venecia, Marco Polo estaba inquieto e impaciente. Fascinado por el mar, había estudiado cartas, mapas y gráficas, convencido de poder encontrar, navegando, una ruta más corta al oriente. La guerra con Génova era inminente, y se alistó como capitán de una

galera veneciana en la poderosa flota Adriática. Su carrera fue corta, pues Marco Polo fue capturado y encarcelado por los genoveses.

Otro personaje entró a compartir el pequeño calabozo en que se encontraba Marco Polo: Rustichello de Pisa, un joven inteligente, culto, lingüista y, sobre todo, buen oyente. Durante un año escribió las historias que Marco Polo contaba de sus viajes extraordinarios. Cuando los prisioneros fueron puestos en libertad, Rustichello compiló un libro acerca de las maravillosas aventuras de Marco Polo.

Para el año 1325, el libro había causado gran sensación en Europa, que apenas estaba rompiendo las cadenas medievales.

## EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

Furtivamente, los mexicas habían entrado al Valle de Anáhuac, en 1269, año del Fuego Nuevo, un rito de renovación practicado cada cincuenta y dos años. Pero todavía no podían encontrar el anhelado descanso. Continuaron tozudamente hasta el lugar en que aparecían cinco lagos. De repente, un transparente cielo azul se reflejó en las aguas del lago de Texcoco y los mexicas lloraron de alegría desde la ribera. Los altos campos de maíz indicaban la presencia de ciudades-estado poderosas, circundando los cinco lagos. Pero los ojos de los mexicas no se apartaban de su sacerdote-astrólogo Tēnoch, quien indicaba hacia la señal tan esperada: ahí en una isla pantanosa se veía un águila posada en un nopal, con una serpiente en su pico.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> No es seguro que fuera una serpiente, era el símbolo del agua y el fuego.

¡Habían llegado! Ahí fundarían la gran ciudad de los dioses, Tenochtitlan, que crecería; plantarían maíz y recolectarían ricas cosechas. Se alegrarían con la plata y el oro, las piedras preciosas y las plumas brillantes. Desde ese punto conquistarían los cuatro rincones del mundo. Construirían grandes templos: a Huitzilopochtli, que les había sabido conducir desde el yermo; a Quetzalcóatl, el dios del sol dador de vida; a Tláloc, el dios de la lluvia; y a muchos otros dioses que gobernarían su vida diaria. Sacrificarían prisioneros y esclavos para satisfacer a sus dioses. Despojarían y cobrarían tributos a los pueblos conquistados y crearían un estado cuyo esplendor no tendría igual. Serían conocidos como los aztecas<sup>4</sup> y dominarían las inmensas tierras de México. Así estaba escrito.

Vadeando las aguas llenas de maleza, los mexicas se lavaron el polvo de su largo viaje. Después, silenciosamente, el pequeño grupo se introdujo al antiguo bosque de Chapultepec y compartió el agua fresca y dulce de un manantial en el cerro.

En el año Dos-Casa de acuerdo con la Piedra de Sol, o 1325 en el calendario gregoriano, los mexicas plantaron sus primeras raíces culturales. Construyeron un templo rudimentario de adobe para albergar a Huitzilopochtli, en la isla donde habían visto el águila. Habían sobrevivido tras largos y pesados años de camino. Los arrogantes habitantes de las ciudades-estado vecinas llamaron a la tribu “los hombres-perro”. Los aztecas fueron expulsados de Chapultepec, enviaron a lugares desiertos. Pero sus años de nómadas les habían

---

<sup>4</sup> Los indígenas que dominaron el altiplano de la tribu de los mexicas, tenochcas o culhuas fueron llamados *aztecas* erróneamente por los españoles, porque se decía que habían emigrado de Aztlán, un lugar mítico en el norte de México. Utilizaré el nombre de aztecas por ser conocidos así universalmente.

enseñado a vencer las adversidades y la terrible voz de su dios demandaba sangre. Habían probado ser excelentes guerreros. Finalmente, sus enemigos les concedieron un terreno volcánico y rocoso, infestado de reptiles cerca de las riberas del lago Texcoco, el mayor de los cinco del valle.

Los mexicas se comieron las serpientes, eliminaron esa amenaza y empezaron a construir islas en las partes poco profundas del lago.

En una soleada mañana de 1373, Tezozomoc, nieto de Tizoc, el joven aventurero, construía su tejado con juncos del pantano. Su casa y la de su clan estaban en una pequeña isla cerca de la orilla. Era un buen lugar, había peces, aves y cañas en abundancia. La joven esposa de Tezozomoc y las otras mujeres tejían enormes esteras que los hombres atarían posteriormente a estacas clavadas en el fondo del lago, poco profundo, y así formarían una estructura en forma de canasto. Las esteras cercarían una parcela llena de rocas, hierbas y barro. Los árboles se enraizarían y se podría plantar y recolectar pronto el maíz en sus islas flotantes. Ya existía una red de canales que unían los plantíos de maíz de los distintos clanes.

Un alto templo de piedra resplandecía en el centro ceremonial en la isla principal, coronado por dos estructuras gemelas que albergaban al dios de la guerra y al dios de la lluvia, las dualidades que regían la vida de los aztecas. Tezozomoc y miembros de otros clanes acababan de pintar con colores minerales molidos y estuco blanco el templo piramidal, festoneándolo de rojo brillante, amarillo y negro. Se habían encendido los fuegos sagrados para dar la bienvenida al nuevo ciclo de cincuenta y dos años. Había que quemar todo lo viejo. Las

esteras, la cerámica nueva y los metates ya estaban listos para ponerlos en las casas. Teozomoc pensaba complacido que también su casa estaría lista para recibir un hijo, pues estaba seguro de que iba a ser un varón. Continuó trabajando sin descanso hasta que el Dios Sol comenzó su viaje nocturno.

De repente el suelo tembló y cayeron cenizas del cielo.<sup>5</sup> Teozomoc, atemorizado, vio una gran lengua de fuego surcando el espacio hacia el poniente. Un viento intenso hizo que sujetara fuertemente las cañas de su tejado, el agua que circundaba la isla parecía arder.

—¿Qué es esto? —gritó Teozomoc.

—¿Qué significa esto? —gritaron las mujeres.

Al otro lado de las grandes aguas, hacia el este, Europa había comenzado a comerciar con las antiguas tierras de Genghis Khan: China. Su riqueza y enormes dimensiones presentaban oportunidades en un mundo hasta entonces desconocido. Caravanas cruzaban las grandes extensiones de Asia luchando contra los elementos y los merodeadores, para llevar de regreso objetos preciosos y valiosos. Especies, sedas, brocados, marfil tallado, lacas y porcelanas eran solicitadas en las cortes de Europa y entre la nueva clase de mercaderes adinerados. Entre las cosas traídas por estos mercaderes había un polvo muy poderoso que ardía rápidamente y que al ponerse en una cápsula explotaba lanzando un proyectil en el aire: la pólvora.

Antes de su muerte, Teozomoc llegó a ver a su hijo vestir la túnica de Sumo Sacerdote. Negra, larga y bordada con cráneos, la capucha ocultaba el cabello áspero y ma-

---

<sup>5</sup> Seguramente la erupción del volcán Popocatepetl.

te que colgaba en capas más allá de sus hombros. Sus ojos azabache resaltaban en su cara oscura y tersa y su nariz prominente daba un aire de dignidad a su alta figura. Su cabeza contenía toda la sabiduría y conocimientos tras haber estudiado profundamente los signos astrales y astrológicos. En su mano, una daga de obsidiana de la que escurría el precioso liquido de la vida. Obsidiana y sangre, negro y rojo, oscuridad y luz; había que mantener el equilibrio de la noche y el día. Alimentar a los dioses para que ellos los alimentaran. El sacrificio era un medio de vida. Lentamente el pregonero levantó su brazo derecho y sopló en su concha de caracol. Una larga nota lúgubre recorrió los canales de Tenochtitlan.

## COLÓN

En 1469, la boda de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón unió los reinos más poderosos de España bajo una misma corona. Su poder echaría a los moros del territorio español tras setecientos años de ocupación. Eliminaría al islam y unificaría la península bajo el cristianismo. Los reyes católicos establecieron la Santa Inquisición como un departamento de su gobierno para fortalecer la monarquía y purgar de herejes y judíos a su pueblo. El edicto era: “confiesa a Cristo o vete al destierro”. La Inquisición tenía lazos con el Papa pero no estaba bajo su jurisdicción.

A principios de siglo XV, navegantes portugueses comenzaron a explorar la costa de África buscando un camino más corto hacia las “Islas de las Especies”. Entre ellos se encontraba un joven genovés.

El joven e inquieto genovés había leído acerca de los viajes de Marco Polo. Había estudiado también las

teorías de los geógrafos y los reportes de los marinos. “Si navego hacia el oeste llegaré al oriente”, era la idea que bullía en su cabeza. Había seguido con atención los viajes de los portugueses en una nueva nave, la carabela, que era rápida contra el viento. Habían navegado por la costa de África hasta lo que después sería el Ecuador. En 1488, los portugueses habían doblado el Cabo de Buena Esperanza para llegar a la India, Indonesia y China, el preciado oriente. Portugal se consideraba dueño de la ruta comercial con el oriente. El tiempo apremiaba. Cristóbal Colón sabía que había una ruta más corta. Creía firmemente en su destino. ¡Debía hacerse a la mar! Tenía que encontrar un patrón que financiara su expedición.

Desde 1477, Colón había visitado Lisboa, la capital más animada de Europa. El rey de Portugal había escuchado su plan y lo había rechazado. “Es costoso y poco práctico”, le habían aconsejado sus expertos. Colón escuchaba repetir esa frase una y otra vez durante varios años. Finalmente, en 1482, presentó su plan a Isabel y Fernando de España, pero la guerra contra los moros absorbía la atención de los reyes de España en ese momento.

Astrónomos aztecas estudiaban una nueva constelación que apuntaba con certeza hacia el este de Anáhuac. “¿Qué existía más allá de las grandes aguas hacia el oriente?”, se preguntaban. “¿Qué peligro acechaba allí?”

Los tambores sonaban, las canoas llenaban los canales, la gente sollozaba en la gran plaza de Tenochtitlan. En 1468, Moctezuma Ilhuicamina I había muerto. Durante los treinta años de su reinado, este astuto guerrero-estadista había expandido el imperio azteca al este de los

volcanes nevados hasta la costa, donde había varios pueblos a quienes obligaban a pagar impuestos. Posteriormente había llevado sus ejércitos hacia el valle de Oaxaca, a unos mil kilómetros hacia el sur y sometido a los reinos de los mixtecos de esa región. La astucia de Moctezuma I igualaba a la de Maquiavelo. Con el pretexto del comercio observaba la riqueza y el poderío de una ciudad, establecía lazos comerciales y después lanzaba un ataque sorpresa, conquistaba y demandaba tributo. Los nuevos gobernantes eran temidos y odiados, pues saqueaban los pueblos, robaban las mujeres, golpeaban y humillaban al vencido. Los ejércitos vencedores regresaban triunfantes a Tenochtitlan llevando una larga fila de cautivos atados y encadenados, cuyo destino era la esclavitud o el sacrificio a los dioses. Cuando una ciudad era conquistada, se establecía ahí una guarnición para ejecutar las órdenes de Moctezuma I.

Grandes riquezas comenzaron a llegar a Tenochtitlan a consecuencia de los tributos: oro, plata, jade, obsidiana, piedras preciosas, madera, cal para la construcción, textiles en gran cantidad, plumas preciosas, mariscos exquisitos traídos desde las costas por corredores en relevos, perlas, miel, aguacates, frutas tropicales, tabaco para las pipas de los grandes señores, plantas, flores y árboles floridos para los jardines de los nobles, animales para sus colecciones, pájaros exóticos para las grandes pajareras, armaduras acolchadas y otros pertrechos de guerra, etcétera. Uno de los tributos más apreciados era la semilla de cacao, de donde se hace el chocolate, y que constituía un producto muy utilizado en el sistema de trueque.

En poco más de cien años, los humildes mexicas se habían vuelto los Señores de la Tierra.

Bajo Moctezuma I abundaba el trabajo. Sin poseer bestias de carga, los medios de transporte eran las canoas y piraguas, además de emplear humanos en labores de carga. El trabajo en el Templo Mayor continuaba sin descanso y cada gobernante cubría los muros con otro exterior, de mayor tamaño, a pesar de que los trabajos habían sido afectados por las frecuentes inundaciones y los años de hambre.

Los dioses habían dotado a un hombre de una inteligencia y habilidad extraordinarias: Nezahualcóyotl, el rey de Texcoco, del linaje tolteca, pariente y aliado de Moctezuma. Como hábil ingeniero, inventó un sistema para controlar las inundaciones, construyó un dique de casi quince kilómetros y tres anchas calzadas que conectaban la ciudad-isla a tierra firme, fueron construidas sobre pilotes y convertidas en diques que dividían el agua salada de la dulce del lago de Xochimilco. También se realizaron trabajos para transportar agua de los manantiales de Chapultepec por medio de acueductos. Rey, ingeniero, diplomático y poeta, Nezahualcóyotl fundó una escuela para filósofos y poetas en su palacio. Como seguidor de las enseñanzas del dios Quetzalcóatl, aborrecía los sacrificios en masa y construyó un adoratorio a un espíritu omnipotente, un dios desconocido a quien llamó: “El señor de todas partes”. No había imágenes que representaran a esta deidad, puesto que no tenía un hogar fijo.

El cuerpo de Moctezuma I fue incinerado con sus esclavos y enterrado. Ascendió al trono un joven y vigoroso rey: Axayácatl.

Cuando trató de extender su imperio hacia el norte, Axayácatl fue derrotado por los purépechas,<sup>6</sup> un pueblo

---

<sup>6</sup> El nombre correcto de este pueblo es “purépechas”. Tarasco fue otro error de nombre debido a los españoles.

poderoso, en una batalla devastadora. Le sucedió un hermano, quien marchó hacia el territorio pobre y seco del norte y murió en desgracia poco después. Bajo su sucesor, el imperio se expandió pero los ejércitos aztecas tuvieron que sofocar rebeliones al mismo tiempo que conquistaban nuevas ciudades-estado.

En 1485, los sacerdotes-astrólogos observaron una estrella muy brillante en una constelación que apuntaba hacia el oriente.

Más allá de los mares, en Extremadura, España, nació un niño del vientre de su madre con un vigoroso grito. Le bautizaron con el nombre de Hernán Cortés.